

cambio, por el sentido común que presta el ejercicio habitual de la libertad, por el sentido moral propio de una conciencia clara, por la energía de una voluntad firme y resuelta, por el cálculo matemático aplicado á la estrategia y á la táctica, por la paciencia en las adversidades y el propósito de superarlas y vencerlas, cuando parecen más insuperables y más invencibles, supo imponerse con muy noble ascendiente á un pueblo recién emancipado, quien rehuye todo freno y disciplina los voluntarios de un origen impropio para el duro canon de la vida militar, conduciéndolos al azote, al combate, al sacrificio, á la muerte. Lo cierto es que no solamente formó un ejército y creó un pueblo, sino que supo con el tacto y la experiencia de un estadista consumado, anudar aquellas relaciones diplomáticas conducentes al debido logro y triunfo de su causa y suscitar contra sus opresores á cuantos enemigos tenían éstos en todo el plareta. Los Reyes de Francia se movieron á sostener los sublevados contra los Reyes de Inglaterra, moviendo los mismos reyes de España en neurosis á sostener los esfuerzos de aquellos enemigos del principio monárquico en la tierra y del dominio europeo en las dos Américas. El gobierno francés no reconoció directamente á los Estados Unidos de América; pero los reconoció indirectamente, asumiendo en su tratado de comercio con ellos que proclamaba su soberanía y abriéndoles mercados y Bolsas como las de Holanda para que levantaran empréstitos, y con el nervio de la guerra, con el dinero, expulsar la monarquía de América.

Indudablemente, la personalidad más épica entre todas estas brillantes personalidades, fué la personalidad inmortal de Lafayette. Hijo de los viejos tiempos, consagróse con devoción al tiempo nuevo. Aristócrata de nacimiento y aristócrata de posición, desde tales alturas, ocupadas en otras edades férreas por los milanos y las águilas del feudalismo, únicamente descubría en su amor humanitario al pueblo, no como presa, en quien hay que clavar las garras; como principal objeto de sus cuidados, y digno, por tanto, del derecho humano y de la emancipación progresiva. El castillo roquero donde se criara, no expedía las aves rapaces y carniceras puestas como timbres en los blasones aristocráticos, sino aquella paloma del arca que traía, después del Diluvio, en su pico el ramo de la paz. Descendiente de los cruzados que habían ido á Oriente buscando la tumba del litúrgico Cristo, pugnaba él por ir á Occidente buscando la cuna del novísimo derecho. Apenas había nacido, ya era militar, por juro de heredad y por preclaro abolengo. Pero aquella espada, casi nacida en él, como un órgano necesario á su naturaleza y estirpe de noble, empleada por tantas otras en forjar eslabones de la cadena que pesaba sobre los pueblos, empleóla él en limar estos eslabones y aligerar esta grande y abrumadora cadena. Como se suele hacer con los Reyes, le casaron á los diez y siete años con una rica heredera de los Noailles, joven hermosa perteneciente á una verdadera dinastía de nobles y de cruzados. Con esto creció su fortuna, y con el crecimiento de su fortuna no disminuyó el culto prestado por su espíritu á la redención de los opresos, á la igualdad con los humildes, al derecho de todos.



Ansioso de manifestar con actos la fuerza de su pensamiento, no encontró empeño mejor que los combates de América por su libertad. Y, requiriendo á cuantos quisieran acompañarlo, atravesó los mares y arribó al Nuevo Mundo, más humano que los clásicos héroes de Salamina y de Platea, los cuales peleaban por su propia libertad y por su propia patria; mientras él peleaba por ajena patria, y por la libertad de todos. En alma de tal temple se conoce cómo las ideas filosóficas habían subido á las alturas sociales, y cómo los humanos derechos invocando la justicia universal. Ni un punto descuidó el general su obra de América, ni un asomo de duda sintió en cumplir su juramento. Él desembarcó allí cuando comenzaba el primer albor de la libertad. Él vió entrar en sus huestes los héroes polacos, que, privados de su patria propia, iban á morir, héroes y mártires, por la patria de sus redimidos hermanos. Él asistió á la gran guerra y puso en la mayor y más gloriosa de aquellas batallas el nombre suyo al lado de los nombres más ilustres que hayan resplandecido en los horizontes del humano progreso. Así, pudo sentarse, como su compañero, en el hogar de Washington, y ver su estatua junto á la estatua del sublime libertador en los campos de América. Y, después, asistió á los antiguos estamentos de los nobles en su antigua patria, pidiendo desde su silla curul aquella reunión de los Estados generales, á cuyos pies, habían de romperse todas las cadenas y proclamarse todos los derechos. Digámoslo en son de queja, y no de censura. El pueblo americano jamás correspondió á los dos pueblos fundadores de su independencia y de su libertad como debía. En vez de auxiliarlos y sostenerlos ha dejado al uno desamparado en el mayor de sus trances y ha vuelto contra el otro su poder y su influencia en la grande Antilla. Ni en la guerra germánica se portó como debía con Francia, ni en la guerra cubana se porta como debe con España. Y ¡ay de los pueblos que faltan á su destino y olvidan su historia!

